



PRECIOS DE SUSCRICION.

En Madrid..... 4 rs. al mes.
 En provincias... 5 id.
 En el extranjero y
 Ultramar..... 6 id.

Número suelto **Un real.**

DIRECTOR PROPIETARIO

TOMAS DE ASEÑSI.

SE PUBLICA LOS DIAS 7, 15, 23 Y 30.

REDACCION Y ADMINISTRACION,

MADERA BAJA, NÚM. 5 Y 7, TERCERO.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En la Administración del periódico y en las principales librerías de España.

Anuncios á precios convencionales.

ESPÍRITU DE LA CIENCIA.

Así como por su ascenso y descenso señala el termómetro el mayor ó menor grado de temperatura, y el barómetro los cambios que se suceden en la variable presión atmosférica, la ciencia, propiamente dicha presenta, sino de un modo sensible, fácilmente perceptible por cierto, el estado de civilización del mundo en general y de cada país en particular, viniendo á ser, para decirlo en resumen, la síntesis de todos sus conocimientos. La jurisprudencia podrá darnos la noción de las condiciones sociales de un pueblo, bajo el punto de vista de su amor á la equidad, traducida en sus leyes positivas; y si á esto se añade su código político, comprenderemos sin esfuerzo cuáles son las bases de su nacionalidad. La literatura es el espejo que nos presenta por reflexión el carácter y costumbres de un país; su historia, sus sentimientos, sus ideas de moralidad. La filosofía retrata en nuestra inteligencia sus creencias religiosas y sus nociones y errores en cuanto á la esencia de los seres físicos y metafísicos. Pero cada uno de estos ramos del saber humano, está circunscrito á una

cierta esfera de acción, á diferencia de la ciencia, que las invade todas, que en todas penetra, para encarnarles sus eternas verdades, sus incontestables conclusiones y corregir la falsedad, si acaso la imaginación, en alas de arrebatada fantasía, ó el criterio, subyugado por seductoras apariencias, por ciegas preocupaciones ó por circunstancias especiales se extravía, como tan frecuentemente sucede. Y, en efecto, los ojos no ven; la razón no conoce nada que no se haya modificado por la ciencia, cuyo espíritu llevando por infalible guía el axioma ó verdad evidente remóntase á las más elevadas regiones é ilumina los más ocultos lugares, para arrancar á la naturaleza esos grandiosos secretos de que tan avara se muestra, y venir con ellos á producir las regeneradoras revoluciones, cuyo noble destino es extender la riqueza y bienestar por pueblos y naciones, por continentes y por el mundo.

¡Tan grande es su influencia en el modo de ser de la humanidad! Y para desterrar toda sospecha de hipérbole en lo que expuesto va, dígame si se puede reconocer el hecho en todas sus consecuencias sin la noción de la causa eficiente; si puede asignarse un límite á lo que por su misma esencia está indeterminado; porque, en tal caso, la afirmativa resolvería la cuestión en favor del legislador para decidir en absoluto, conforme al

juicio ó tal vez la volición del magistrado. Ella autorizaria á la literatura á imponernos la descripción poética, es decir, la descripción verdadera supuestos ciertos antecedentes *ad libitum*, posibles en los anchos límites de una exagerada fantasía, como rigurosamente exacta, viniendo á parar al absurdo de que *veritas est simul quod est atque non est*, puesto que cada literato tendria su fantasía peculiar y por tanto una verdad suya, no dependiente de circunstancias absolutas, sino de motivos accidentales. ¡Ah! ya entonces los errores de la filosofía reinando en el imperio de las sombras, extenderían su tenebroso yugo sobre la tierra, y nos ofrecerian, tal vez, efectos sensibles ó quiméricos como causas productrices. Aberración semejante seria el colmo de una ignorancia tan ciega y temeraria cuanto repugnante é ignominiosa.

Hemos consignado ya que la ciencia es gérmen de riqueza y bienestar y aun hubiéramos debido agregar de poder y grandeza. Es así, en efecto, porque las artes la industria y el comercio no florecen ni existen sin su auxilio, puesto que deben su desarrollo á la parte práctica de la ciencia, ó sea á sus principios formulados bajo un aspecto de inmediata aplicación. Cada arte utiliza un principio, cuya bien entendida interpretación gráfica conduce siempre á un resultado; cada industria presupone un conocimiento, buscado en la ciencia, ya relativo á las propiedades de la materia, ya á las de su producción; bien á las leyes del movimiento, ora á la combinación de unas y otras; y, en cuanto al comercio ¿qué seria sin la navegación y qué la navegación sin la ciencia?

Grecia, esa nación inmortal en cuyo seno brilló espléndida la aurora de la sociedad, ¿qué papel desempeñaria colocada hoy en el gran concierto de los pueblos modernos.

No es permitido dudar que sus inimitables bardos y sus incomparables oradores nos arrancarían frenéticos aplausos con sus arrebatadores cantos y sus fogosos discursos; y que el valor de sus héroes nos admiraría por sus hazañas. ¿Pero, seria algo más que un pueblo de sublimes salvajes?

Y esa poderosa Roma, que en el seductor beleño de una grandeza cosmopolita soñaba con legislar al mundo, para dominar y civilizar á los bárbaros á quienes no albergaban sus angustas murallas, ¿podria, con toda la ruda energía de sus invencibles legiones, conservar sus fronteras ante nuestra arquitectura militar, contra nuestra destructora artillería, enfrente de nuestra sagaz táctica de campaña. ¡Pobres águilas romanas, terror un día del mundo conocido!

Sin embargo, estos pueblos, como sus coetáneos, no eran ni podian ser completamente ajenos á la ciencia, segun veremos pronto y segun se concibe desde luego, porque lo contrario fuera darles existencia en las tinieblas de una noche eterna, sin que el más pálido destello iluminase sus inteligencias, deducción incompatible con sus brillantes concepciones. Lo que habia era un lamentable atraso en el estudio de los principios abstractos de la ciencia relativamente al resto de sus conocimientos, atraso bien explicable por cierto,

atendido el ardimiento é impresionabilidad de los pueblos antiguos.

Grecia, ese risueño país de las musas, en cuya topografía con tanta profusión ha derramado la naturaleza todas sus bellezas; ese paraíso de cielo siempre sereno, con su nítido y trasparente azul, solo raras veces empañado por los nubarrones precursores del sublime espectáculo del rayo, y por cuyo suelo deslizanse arroyos y brotan fuentes de más puros cristales que el reflejo del diamante; con selvas y dulces declives en donde sus canoras aves, siempre inspiradas por la vista de su diáfano dosel, elevan á unísono de los gratos suspiros de perfumadas auras, el allegro de sus dulcísimos trinos: debia arrebatarse, con encantos tan múltiples, á sus poetas, y abismarlos en la contemplación del mundo físico y sus fenómenos sensibles, para dar vuelo á su fantástico y atrevido genio; en tanto que las proezas de sus héroes, desenvolviéndose en medio de sin igual panorama, no solo habian de engendrar grandiosas epopeyas en la mente del ciego, cuya gloria hizo disputar su nacionalidad á seis pueblos, sino tambien inspirar á sus ilustres oradores aquellos célebres discursos, modelos de la elocuencia espontánea. Así fué como apareció en la escena, pulsando su sonora lira, el sublime Homero y el gran envidioso Esquino y su invencible rival Demóstenes, que seducido por su misma dialéctica, hubo de arrastrarse á sí y á todos sus compatriotas, en medio del incendio producido por el vivo fuego de su palabra, á provocar, más bien que á rechazar, al irritado Filipo y su formidable falange.

Ahora, si de Grecia venimos á Roma, sin asignar igual causa, que se encuentra tal vez en su mismo orgullo ¿qué habia de suceder en una nación cuyos hijos se ocupaban de celebrar la grandeza de un imperio preocupado solamente de subyugar el resto del mundo? ¿Era razonable esperar que sumidos en el sueño de la ambición y de la soberbia, arrullados por el estrépito de las armas y los marciales himnos de la victoria, se consagrasen á las reposadas elucubraciones de la ciencia, que llevan por inseparables compañeras la calma del espíritu y la modesta tranquilidad del alma?

Una idea preocupaba, si es que no absorbía por completo, la sociedad antigua: la de la patria. Atraídos todos los patricios por el mágico acento de esta palabra, que producía en sus corazones el efecto del imán sobre el acero, volaban tras esa gloria falaz, llamada grandeza humana, creyendo poder encerrarla en los estrechos límites de una vasta extensión de territorio.

Y aun cuando la cuestión social no se hallase exactamente en el estado en que la dejamos planteada, los progresos de la ciencia debian por precisión resentirse de lentitud, ya porque sus conquistas, como legítimas y estables, son en general más difíciles que las usurpaciones, ya porque no han sido nunca, y ménos entonces, seguidas de la consideración de que son dignas. ¡Hay, en efecto, tan pocas personas, aun en los tiempos modernos, capaces de apreciar su mérito! ¡Es tan superior á la comun vulgaridad, y despierta su posesión tanta envidia en vez de noble emulación! Mas prescindiendo de amargas reflexiones, que solo vienen aquí

á interrumpir el órden de nuestros razonamientos encaminados á conocer y revelar el g  nio de la ciencia, nos alrevemos á asegurar que seria error atribuir á ella alguno de los grandes daños que su aplicacion haya producido. Nadie disputar  , en verdad, que su esencia rechaza de sí todo gérmen de ruina y corrupcion: de ellas, en todo caso, será autor el hombre que, para realizar en su locura los sueños de dominacion sobre sus hermanos, ha llegado á hacer de la ciencia diabólicas aplicaciones. Así como el sol que dora la mies puede abrassarla; cual el alimento, sostén de la vida puede arrebatarla; á la manera que el instrumento, destinado á devolvernos la salud separando la parte gangrenada, puede, si la prudencia no preside su accion, ocasionarnos la muerte: así las ciencias, nacidas al soplo del bien, si llegan á ser una terrible calamidad, no es porque su esencia, eminentemente benéfica, envuelva tal condicion, sino una consecuencia del mal uso que de ellas hace ese orgulloso y perverso ser llamado hombre.

Considerada hasta aquí la ciencia con relacion á su influencia, pasemos á analizarla más detalladamente, para que se comprenda bien toda la latitud de esta palabra. Para que su accion se extienda á todos los conocimientos humanos, preciso es que su esfera sea muy   mplia y universal, en términos que perderia algo de su esencia si se limitase al estudio de tal    cual parte del mundo y no á todo él; si considerase una determinada clase de fenómenos y no su s  rie; si se circunscribiese á ciertos cuerpos celestes en vez de extenderse al orbe; si, en una palabra, tuviese por tema los agentes del mundo físico en lugar del Cosmo sensible y perceptible. Revestida la ciencia del doble carácter de generalidad y universalidad, veamos á grandes rasgos cuál es su principal objeto, por más que esto equivalga á querer contraer    concretar lo que es naturalmente abstracto. Con frecuencia se oye hablar de la ciencia bajo nombres distintos, y pudiera creerse al primer aspecto, que no es una; mas si se tiene presente que se dirige á la investigacion de todas las verdades, se echar   de ver que se propone traducir en principios las leyes referentes á los diversos órdenes de fenómenos que se pueden presentar    presentan á la razon, bajo cualquier punto de vista que los examine. Dicho se está con esto, que hay entre semejantes hechos diferencias radicales, las cuales establecen órdenes de estos fenómenos y series en estos órdenes, naciendo de aquí principios y consecuencias de índole distinta, pero convergentes hácia un foco, la ciencia; y que esta lleva á cada grupo    parte su aliento, si es permitido decirlo así, como hace recorrer cada una de las ramas á la s  v   el árbol; como extiende á cada uno de los hijos su amor la madre; el fulgor á cada luminar el firmamento; su mocion á cada una de las piezas la fuerza expansiva del vapor que sale de la caldera de una máquina.

Sobre las verdades deducidas del análisis de la magnitud, bajo el doble aspecto de continuidad    discontinuidad y de su manera cualitativa de ser, se levantan los cimientos de la ciencia abstracta, con el nombre de matemáticas puras, comprendiendo la *aritmética*, que á medida que generaliza sus resultados se transforma en

  lgebra, la *geometria* y la *trigonometria*. Combinándose luego estre sí estos primeros ramos, fijan entre la magnitud, la cualidad y la continuidad relaciones tan notables en cuanto á la forma y propiedades, que, aun cuando á las personas ajenas á estos conocimientos parezca inverosímil, establecido que sea su análisis, convencional por lo que hace á la representacion de las fórmulas en las cuales se traduce, sencill  simas operaciones llevan de la cantidad cualitativa á la forma y de esta á aquella. Así representando gráficamente la accion de los fenómenos del mundo exterior, á que parece presidir la ley de continuidad, ost  ntase bellísima la *geometria analítica*, la cual abre la puerta para llegar al *cálculo infinitesimal*, el cual, por medio de sus *funciones primitivas*, sus *derivadas*, sus *integrales* y sus *diferencias finitas*, descubre nuevas y más sorprendentes propiedades de las curvas, que representan real y efectivamente á nuestros sentidos hechos, leyes    fenómenos de la naturaleza, cuya exactitud no puede negar á unos meros símbolos la inteligencia humana. Partiendo ya de estos principios, fundamento de la ciencia en toda su amplitud, se encuentra esta desenvolviéndose simultáneamente en varios ramos. Buscando su base en los abstractos principios del cálculo, lev  ntase la admirable ciencia del equilibrio y el movimiento, la *mecánica*, con su *est  tica* y *dinámica*, explicando cómo la materia es indiferente á la inercia y al cambio de lugar, y permanece, por lo tanto, en cualquiera de estos estados sin fuerzas solicitantes á modificarlo, qué se entiende por equilibrio y su diferencia el reposo; lo que es velocidad y aceleracion; bajo qué leyes se mueven los graves, y por qué abandonados á sí mismos los cuerpos, caen; cómo la trayectoria trazada por un móvil está sujeta á tales    cuales límites de direccion, forma y extension; cómo el proyectil arrojado con una determinada velocidad inicial, ha de alcanzar la masa    punto á que se le dirige, por más que á ello se oponga la gravedad y la resistencia del medio en que describe su curva; cómo los cuerpos celestes se sujetan en sus exactas revoluciones á condiciones fatales en su movimiento, tan admirable es el motivo que le precede, cuanto natural en la actualidad, puesto que allí donde reina el vacío más perfecto, la materia persiste en cualquiera de los dos estados, reposo    movimiento, que adopte. Inmediatamente despúes viene la *astronomia*, esa ciencia que eleva al hombre á regiones infinitas, abriéndole á favor del telescopio la via del cielo para arrancar al Cosmo sus más preciados secretos, solo accesibles á la gigante imaginacion del hombre. Con su auxilio no solo se aprende á distinguir las estrellas de los planetas y estos de los cometas, sino que se sujetan astros tan apartados de nosotros, á periodos determinados en su doble movimiento de rotacion y traslacion; se calculan sus verdaderas distancias con una precision tal vez mayor que la que se obtendria por un procedimiento material, si fuera posible; se predicen sus eclipses y pasos al cruzar unos las órbitas de los otros; se fija, con una exactitud llevada hasta segundos, la reaparicion de los que se pierden en la inmensidad de los espacios por centenares de años; se de-

terminan sus mutuas posiciones y la situación de los lugares sobre la tierra, por medio de operaciones tan simples como la altura, el azimut, la amplitud, la paralaje y la declinación, y, por último, se hace aplicación de tan bellos conocimientos para recorrer los procelosos mares por itinerarios fijos y seguros.

(Se continuará).

GENARO SUAREZ.

UNA PESETA.

Pues señor... (y va de cuento), en el borde de una acera, no me acuerdo de que calle, me encontré una peseta ¡momento feliz! ¡quién no es feliz al encontrarse algo aunque este algo sea una peseta! que la cogí, no hay para qué decirlo, soy española y un español coje lo que encuentra, pero no todos los españoles piensan sobre lo que cojen, y aquí empieza mi cuento, porque desgraciadamente yo pensé acaso más de lo necesario sobre aquella peseta. Vamos á ver como en buen castellano y sin afrancesado estilo logro explicar á los pacientísimos lectores de LA MESA REVUELTA, cuanto cruzó por mi pensadora mollera ante el lustroso círculo de una peseta.

Encerrado mi hallazgo entre los pliegues de un bolsillo de percalina, llegó sin ningún contratiempo al modestísimo albergue donde vive mi persona y fué cuidadosamente puesta en un sortijero de porcelana mientras desprendía de mi cabeza esas marañas de seda que la moda llama velo; mis ojos, pertinaces cuando están animados por alguna meditación, se obstinaban en acariciar con su mirada la brillante moneda, y tanto la miraron que al fin consiguieron grabarlas en los últimos pliegues de mi cerebro que ante la nueva imagen que veía desarrolló con toda su fuerza la cualidad observadora y analítica, que acaso es la única que le caracteriza: tales sucesos dieron al traste con mis costumbres de arreglo, y sin recoger ni guantes, ni abanico, ni esos mil objetos que componen el traje de la mujer, cogí la pluma, y colocando la peseta delante de mi tintero empecé á ordenar como pude las impresiones recibidas ante la contemplación de una peseta, preguntándome, en primer lugar, para qué sirve, y terminando con la resolución de emplearla del mejor modo, atendiendo á las reflexiones expuestas en mi mal pergeñada relación.

Una peseta sirve... (hago un paréntesis) para exponer un pensamiento ajeno á este relato y para seguir mi pícara costumbre de ponerlos aunque no venga á cuento: es el caso que yo, que tengo muchísimo respeto á la clase proletaria, siempre que de clases hablo la coloco la última, pues me parece más fácil y usual que el potentado venga al fin y á la postre á pertenecer á tan benemérita clase, que no el pobre y honrado trabajador ascienda como por ensalmo á los umbrales del

templo de la riqueza, á no ser que se le muera un tío en Indias o lleve en cualquiera de sus apellidos la prueba textual de alta aunque oculta gerarquía: pues bien; siguiendo esta costumbre voy á probar para que le sirva una peseta al que tiene algunos millones de ellas.

Después de recorrer uno por uno (se entiende con el pensamiento) todos los salones de un lujoso palacio, no encuentro en ningún objeto *compuesto* el valor intrínseco, solo y aislado de una peseta, pues desde el borlon de seda y oro que recoge la adamascada colgadura, hasta la sencilla fosforera de nacar que muestra su purpúreo matiz en la elegante mesa de noche, veo representado el valor de más de una peseta; pero no me canso de buscar, porque no hay duda, una peseta es una unidad y aunque sea en un palacio tiene que hallarse representado su valor: á fuerza de buscar al fin lo encuentro: una peseta le sirve al millonario para gozar cinco minutos de placer representados en las espirales de humo que suben desde la blanca ceniza de su veguero... no puede ser más *ténue* el servicio que presta una peseta en semejante caso; gasta cinco minutos de la vida del hombre transformándose al fin y al cabo en moléculas invisibles...

Miré á la peseta que seguía reclinada sobre el platillo de mi tintero é instintivamente la tuve compasión. ¡Valia para tan poco!

Dejando á un lado mármoles, sederías y joyas, voló mi pensamiento al cuarto principal de una casa de vecindad (*decente*) habitada por un administrador de casa grande ó por un empleado del Estado con sueldo de cinco mil pesetas, y siempre dando vueltas mi observador y curioso cerebro, empezó á buscar entre los objetos que le rodeaban el valor de su pesadilla en forma de peseta, pero aquí fué Troya, en la tal habitación había más objetos de á peseta que los que buenamente me hubiera figurado; la libra de velas repartida en las palmatorias de las alcobas valia una peseta; cada uno de los *volúmenes* de la Biblioteca de Instrucción y recreo que se hallaba en el despacho del señor valian una peseta; el sujeta-papel del escritorio valia una peseta, el *crepé* con que rellenaba sus trenzas la primogénita de la casa, valia una peseta, hasta los pendientes de la cocinera, regalo del señorito, valian una peseta...! Huyó de allí mi cabeza mareada de su expedición, y al llegar á la portería se encontró al amo del cuarto, pagando una peseta á un cochero de *punto*; el señor venia del Buen Retiro (no era noche de concierto.) ¡Horror! me dije á mi misma; ¡cuántas pesetas *representadas materialmente* y en tan poco tiempo;! efectivamente, una peseta para el que recoge cinco mil al año le sirve para alumbrarse, para instruirse, para que no se le vuelen los papeles, para que el pedazo de su corazón encuentre novio, gracias á la *abundancia* de su cabellera, para que su *servidumbre* le sirva con agrado, y finalmente para gozar un cuarto de hora de coche después de haberse reído con los *Cuatro sacristanes* y haberse entusiasmado con las pantorrillas de las *tirolesas*; ¿puede pedirle más variación ni más utilidad á una peseta? ¿qué más puede desear el hombre que vivir alternando decentemente

con la sociedad y ver cubiertas *todas* sus necesidades?...

Alcé los ojos del papel y miré á la peseta; se me figuró que se reía de mí; por más señas diré que la peseta era una de esas que tienen una *España* con una florecita en la mano. No había duda, ó la peseta ó el último rincón de mi pensamiento me decían algo que yo traduje así (habla la peseta): «No me gusta la variedad de objetos con que me dejaste representada en tu último párrafo; búscame colocación mejor: ¡busca, busca!...»

Héteme confusa y sin saber á donde acudir para darle gusto á la melindrosa peseta, cuando de pronto se me viene á las mientes la siguiente lista:

Pan, tres libras.	18 cuartos.
Patatas, dos libras.	5 »
Aceite, un cuarteron.	6 »
Carbon.	4 »
Especies.	1 »
TOTAL.	34

ó sea una peseta, desayuno y comida del pobre trabajador que no cuenta más que dos pesetas de jornal para comer, tener albergue y vestirse él, su mujer y acaso algún chico; decididamente la peseta y yo (tal vez las dos) estábamos contentísimas de nuestro descubrimiento porque por un movimiento espontáneo, ella se resbaló desde el tintero á punto que mis dedos la aprisionaban, y sin perder más tiempo que el necesario para ceñirme el velo, me encaminé al cuarto de mi madre, á la que quieras que no quieras, hice vestir de prisa y corriendo dirigiéndonos las dos á la calle donde dí la peseta al primer trabajador que hallé afanado en labrar el mármol de un palacio en construcción...

Pero al dársela se me ocurrió el último pensamiento sobre una peseta que deseo sirva de final á este artículo. Sino hubiera quien reuniese muchas pesetas, el pobre no gozaría de ninguna; solo es menester para que una peseta sirva útilmente en todas las clases de la sociedad, que el que tiene varias se acuerde con frecuencia del que no tiene ninguna.

ROSARIO DE ACUÑA Y VILLANUEVA.

EN PRIMAVERA.

A E. . . .

Huyendo el mundo de los encantos
vienen las auras primaverales,
y á las violetas de las campiñas
narran historias espirituales.

Vienen del mundo de los encantos
para decirnos lo que es amor:
blando susurro, tiene coloquio
murmurador.

De las regiones immaculadas

rápidos llegan silfos sutiles,
que se deleitan enloquecidos
con el aroma de los pensiles.

Llegan los silfos immaculados
para decirnos lo que es amor:
suave perfume que se desprende
de hermosa flor.

Con rauda vuelo bajan del éter
alborozadas las aves puras,
y en lo sombrío de la enramada
cantan á trinos sus aventuras.

Bajan del cielo las avecillas
para decirnos lo que es amor:
música leda que arroba el alma
del amador.

Tienen tus ojos color de cielo,
áureos cambiantes tu cabellera,
lirios y rosas forman tu rostro
donde sonríe la primavera.

Eres el hada que se aparece
para decirnos lo que es amor:
tú eres el aura, tú eres la música,
tú eres la flor.

F. MOJA Y BOLIVAR.

A LESBIA.

(DE CATULO, LIBRO I, ELEGÍA V.)

Vivamos, Lesbia mía, para amarnos,
y que en buen hora la vejez adusta
de nosotros murmure; nada importa.
La clara luz del sol si bien se oculta
puede reaparecer, mas lo que breve
nuestra existencia pasajera alumbra,
ya nunca reaparece si se extingue
y yacemos por siempre en noche oscura.
Dáme mil besos, pues, y luego ciento,
y despues otros mil, y por segunda
vez dame ciento, y otros mil al punto,
y ciento más despues. Que nos aturdan
estos millares hasta tal extremo
que la cuenta perdamos, y sin duda,
ignorarán así los envidiosos
que tantos besos se cruzaron nunca.

LUIS ALFONSO.

EL CIEGO.

Rogó á Dios con acento conmovido
que le dejara ver, y Dios le oyó:
el pobre ciego se quedó dormido
y más tarde con vista despertó.

Vió los campos, la luz y los colores,
el ave que cantaba en libertad,
los brillantes insectos y las flores,
del mar la soberana inmensidad.

Vió el arroyo, la choza y el palacio,
la blanca luna, el sol abrasador,
antorcha suspendida en el espacio
para lanzar su eterno resplandor.

Pero halló que el amigo en quien creía
le engañaba con pérfida maldad;
que la mujer que amaba, se reía
de su amargo infortunio sin piedad.

Todo era puro, todo era belleza
en el mundo que el ciego imaginó;
vió de lo inaccesible la grandeza,
la pequeñez de los mortales vió.

—¡Oh Dios que el Universo entero pueblas,
dijo, tú que reinando en él estás,
dame también mi reino de tinieblas
pues mi único deseo... es no ver más!

JULIA DE ASENSI.

LAS MAMÁS.

En este mundo no hay absolutamente nada que no tenga algo de ridículo, hasta la madre, ese emblema de amor, esa mujer en la que depositan los hombres todo su cariño, tiene su parte censurable algunas veces.

No me refiero á la madre que pasa malas noches y se las hace pasar al desventurado esposo durante los primeros años de la criatura que abrigó en su seno, sino á esas mamás que generalmente componen la gran mayoría que emplean mil artimañas para atraer á un hombre y darle el prosaico nombre de yerno.

A muchos medios recurren las citadas mamás para el logro de este deseo, y así como el comerciante expone sus telas sobre el aparador de la tienda, deseosos de la venta, las mamás ó bien dan reuniones en su casa, las hacen frecuentar paseos concurridos ridículamente ataviadas para que exciten la atención del público y á cada momento elogian las relevantes prendas de la niña, como si fuera una pesada carga de la que desean ardientemente verse libres.

Y esto es general en todas las clases de la sociedad y dimana de que la dama aristocrática, la señorita de a clase media y la mujer de la clase baja, no abrigan desde la niñez más que una idea, única en que revelan constancia, la idea de casarse.

El hombre se casa por mil motivos, ó inducido por el amor que brota en su generoso corazón, ó obligado por las circunstancias en que se halle, pero la gran mayoría de las mujeres se casan por el afán de casarse, por el placer de abandonar el celibato y no pertenecer al gremio de las solteronas que han dado en llamar ridículo, y que indudablemente es el estado más tranquilo y ventajoso de la mujer.

Una mujer, mientras es soltera, conserva su libertad y la abandona muy gustosa cargándose de obligaciones y deberes, tan solo porque la lleve del brazo un quidam y diga al mundo, *Fulana* se llama la señora de... y este defecto se acrecenta á medida que las mujeres tienen más años. La niña de quince años pasa su vi-

da consagrada á coqueterías inocentes como dejar caer el abanico para que se le recojan y poder dirigir una sonrisa en señal de gracias; le entusiasman las frases galantes, pero le cuesta trabajo pronunciar el acreditado sí; á los veinte ya ha adquirido más costumbre y solicita con inequívocas miradas las palabras de amor, y si á los treinta años no ha conseguido envolver en la red matrimonial á ningún desgraciado, sino la dirigen lisonjas, ella se encarga de revelar sus pensamientos y de dirigiérselas á los mortales.

He conocido una señorita que frisaba en los veintisiete y que disfrutaba en su casa de una excelente posición, era fea y esta debía ser la causa principal de que permaneciera célibe, el caso es, que de la noche á la mañana abandonó la suntuosa morada donde vivía para casarse con un alférez de caballería que estaba de reemplazo.

Este ejemplo y otros muchos de igual calibre que se ven en el mundo diariamente, prueban la abnegación de la mujer en tratándose del matrimonio.

Y se casan al fin, pero como el matrimonio es un lazo eterno que sólo la muerte puede romper, y como antes he dicho, se verifican por parte de la mujer sin otra mira que la de que la llamen señora; pasan bien pronto las ilusiones y lo que pudiera haber sido un vínculo santo se convierte en un yugo insoportable.

La suegra, chismosa como mujer, y no muy joven por lo regular, aconseja á la niña con la misma intención que lo haría el demonio, y de aquí dimanar las constantes reyertas de la familia y se origina que mientras la mujer se queda en la corte disfrutando la mitad del sueldo del pobre marido, este se dirige á Toro ó á otro punto por el estilo.

Es triste confesarlo, pero así son la gran mayoría de las mamás y casi todas las niñas casaderas.

¿Y esto es una madre? No, indudablemente que no. Tengo una idea más elevada de esos seres. Ridículo sería pretender que se opusieran á que se casaran sus hijas, pero me parecería muy natural que abrigasen en su corazón algún sentimiento al entregarlas á una persona que casi siempre no han tenido lugar de conocer más que en sociedad donde no se manifiestan ninguno de nuestros defectos, desearía que vertiesen una lágrima al verla entrar en el escabroso sendero del matrimonio y no contemplar su rostro satisfactorio que parece decir:

—«Ya me he desembarazado de mi hija, ya no tengo que afanarme por ella porque la he dado para siempre.»

El día que encuentre en mi camino una mujer virtuosa que no tenga deseos de casarse, cuya madre me cierre las puertas de su casa temiendo que me desposea con la niña, indudablemente abandono el bonancible estado del celibato.

TOMÁS DE ASENSI.

CONTRASENTIDOS.

Lectores; ¿si á una patrona
que de señora blasona,
le llaman *doña Clemencia*
y á su huesped desvalido
deja en completa abstinencia,
no es esto un contrasentido?

¿Si llaman *Patricio* á un hombre
que lo es tan solo de nombre,
pues jamás fué *miliciano*
ni defensor de un partido,
lector ¡por *San Cayetano!*
¿no es esto un contrasentido?

¿Si lleva el nombre de *Paz*,
una suegra, que es capaz
con su carácter que aterra
de poner, lector querido,
al profundo infierno en guerra,
no es este un contrasentido?

¿Si se le llama *Severo*
al hombre dicharachero
que mete todo á barato,
que jamás se ha enfurecido
y es una malva en su trato,
no es esto un contrasentido?

¿Si á una señora casada,
aunque sea recatada,
le dan el nombre de *Pura*
teniendo al quinto marido
con un pié en la sepultura,
no es esto un contrasentido?

¿Si se le llama *D. Justo*
al juez que al fallar á gusto
de algun moderno Caifás,
culpa al que no ha delinquido
absolviendo á un Barrabás,
no es esto un contrasentido?

¿Si llaman *Buenaventura*
á la triste criatura,
que por su desgracia fuerte
más lógico hubiera sido
el llamarle *Malasuerte*,
no es esto un contrasentido?

Y por fin, si á un vil casero
que solo va por dinero,
cuando á visitarnos va
se le llama *Bienvenido*
¡por las bodas de Caná!
no es esto un contrasentido?

Ved, pues, lectores, que hay gentes
de tales antecedentes
que por su mal proceder,
el nombre que han recibido
casi siempre suele ser,
un grave contrasentido.

G. PERREN VICO.

LAS MUJERES.

Cuando Dios al hombre
dijo al crearlo:
—ya tenemos lo bueno
pero ¿y lo malo?
lo malo siempre
debe tener belleza
que lo dispense.

Como ya Dios sabia
que las manzanas
iban á armar alguna
pero sonada,
dijo: veremos
quien lleva el gato al agua
de los dos sexos.

Cojió á Adam y le dijo:
—Duérmete un rato
(penitencia sobrada
daré al pecado.)
Y sus costillas
á una chica formaron
¡vaya qué chica!

No sabiendo que nombre
dar á su sexo
pensó Adam en llamarlo
lo ménos bueno.
Y á su caletre
vinieron estos nombres:
¡falsas, mujeres!

Así, mujer se llama
tiene belleza,
tiene gracia y talento...
¡pero es coqueta!
Y es su desgracia
que un corazon á todas
les hace falta.

Dios las hizo consuele,
las hizo bellas,
y al hacerlas mujeres
las hizo suegras.
Y á quien las tiene
¿á qué hablarle de males
que ya padece?

Mas todo lo disculpo
por la hermosura,
á mi gustan todas
morenas, rubias.
Y solo aguardo
que me diga una chica:
me estás gustando.

Como esto no es posible
ni yo lo espero
me enterrarán con palma
segun voy viendo:
Mas si hay alguna...
¡Pero cá... no se atreven!...
¿ustedes gustan?

LUIS DE MOYA Y JIMENEZ.

VARIEDADES.

Han visitado nuestra redaccion en la presente semana el acreditado diario *La Integridad de la Patria*, y el chispeante *Cascabel*, que con tanto acierto dirige el conocido literato D. Carlos Frontaura.

Tambien hemos tenido el gusto de recibir *El Bazar*, periódico ilustrado que es uno de los más amenos que ven la luz pública en Madrid. Contiene el número 20, cinco grabados, *Crónica de El Bazar* por Lucio Rogelio; *Los grabados*, por S. A.; *El noventa y tres*, novela histórica, original de Víctor Hugo, traduccion de D. Nemesio Fernandez Guesta; *Desde Cádiz á la Habana*, por doña Patrocinio de Viedma; *Ossian*, por D. Vicente Andila Sande; una epístola en verso por don José María Collado, ecos de la semana, charada y solucion.

PENSAMIENTOS DE UN OBSERVADOR.—Un hombre á los veinte años escribe mucho mejor que habla.

Un hombre de cuarenta habla mejor que escribe.

Un hombre de sesenta rara vez habla ni escribe bien.

—Lo que me carga ese hombre,
dijo á su esposa Crispín,
y ella exclamó:—Pues lo mismo
iba á decirte yo á tí.

—¿Con que mañana dan garrote á ese ladron que por tanto tiempo ha tenido atemorizada á la comarca?

—Sí, señora, pero lo sensible es que ese desgraciado deja cuatro hijos.

—¿Tenia hijos? Pero serán de bastante edad.

—El mayor tiene cinco años.

—¡Jesús, que perdido está el mundo! ¡Quien habia de creer que tan pequeños eran ya hijos de un ladron!

—¿En qué se parecen muchas mujeres á las cebollas?

—En que unas y otras se quedan en nada empezando á quitarles cáscaras.

Dos estudiantes de farmacia sostenian el siguiente diálogo bajo la oblicua techumbre de una boardilla:

—No tengo un cuarto ni por donde me venga.

—Escríbele á tu tío.

—¿Y cómo? Este mes ya me ha remitido la mensualidad y hasta el que viene no me dará un cuarto.

—Se me ocurre una idea: escríbele y... pon la fecha del mes que viene.

Dijo el paria Torquemada
á la opulenta Leonor:
—¿Quieres ser mi esposa amada?
y ella exclamó:—no señor
porque... no tiene usted nada.

Decia este invierno un caballero en el teatro Real

asestando los gemelos á un palco sumamente favorecido.

—Se conoce que para ciertas personas no tienen fuerza los decretos del señor marqués de Orovio.

—¿Por qué? le pregunté lleno de curiosidad.

—Porque en ellas no sufre el más pequeño detrimento la *libertad de enseñanza*.

ESPECTÁCULOS.

TEATRO Y CIRCO DEL PRÍNCIPE ALFONSO. El miércoles se estrenó la obra titulada *La vuelta al mundo*, arreglada para la escena española por el Sr. Larra y puesta en música por los Sres. Barbieri y Rogel. Pocas veces se ha visto un espectáculo tan magnífico; las decoraciones pintadas por los Sres. Plá, Vals, Busato y Bonardi son bellísimas; los trajes lujosos, el atrezista, el maquinista y el polvorista han hecho verdaderos prodigios; los actores han representado muy bien sus papeles, en una palabra, la obra merece verse y aplaudirse. El libro es como casi todos los que se hacen para estas funciones, si bien este tiene mucho interés, y en la música hay piezas muy buenas. Autores, actores y pintores fueron llamados repetidas veces al palco escénico por la numerosa concurrencia que asistió al teatro, la que salió en extremo complacida del espectáculo. Este es de los que viven bastante tiempo sin que se canse de él el público y de los que pocas personas dejarán de ver en Madrid.

En el circo de Price ha llamado extraordinariamente la atención la pantomima de *Una corrida de toros*, representada por todos los clowns de la compañía.

No puede negarse que dicho espectáculo está sembrado de peripecias graciosas.

CHARADA.

Prima y segunda hace el hombre
apenas tiene con qué,
segunda y tercera usa
casi siempre la mujer
probando quien dos no lleva
qué poco arreglada es,
por ser prendas necesarias
ó inremplazables tambien.
Mi todo es muy divertida
y á todo aquel que la vé,
si es buena y está bien hecha,
le tiene que entretener.

La solucion en el próximo número.

SOLUCION A LA CHARADA DEL NUMERO ANTERIOR.

PANTALON.

SOLUCION Á LA FUGA DE CONSONANTES DEL NUMERO ANTERIOR.

Las flores de mi cariño
son tan tuyas como mias,
que tú conservas su aroma
y yo guardo sus espinas.

POR QUIROS IMPRESOR.—ABADES, 10.